

EDUARDO PARDO DE GUEVARA Y VALDÉS

*Fr. Martín Sarmiento
(1695-1772)*

23 DE OCTUBRE 2002

EDUARDO PARDO DE GUEVARA Y VALDÉS

PONTECESO (A CORUÑA), 1952.

DOCTOR EN HISTORIA MEDIEVAL POR LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, INVESTIGADOR CIENTÍFICO DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y DESDE 1994, DIRECTOR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS GALLEGOS «PADRE SARMIENTO» (CSIC-XUNTA DE GALICIA). ES ADemás, VICEPRESIDENTE Y ASESOR DE LA COMISIÓN DE HERÁLDICA DE LA XUNTA DE GALICIA, MIEMBRO DEL CONSELLO DA CULTURA GALEGA Y COORDINADOR DE SU SECCIÓN DE PATRIMONIO HISTÓRICO, VOCAL DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL COMITÉ ESPAÑOL DE CIENCIAS HISTÓRICAS Y REPRESENTANTE DE ESPAÑA ANTE LA CONFÉDÉRATION INTERNATIONALE DE GÉNÉALOGIE ET D'HERALDIQUE. ES, ASIMISMO, ACADEMICO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA MATRITENSE DE HERÁLDICA Y GENEALOGÍA, CORRESPONDIENTE EN LUGO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, ACADEMICO TITULAIRE DE LA ACADEMIE INTERNATIONALE DE GÉNÉALOGIE Y TITULAIRE, TAMBIÉN, DE LA ACADEMIE INTERNATIONALE D'HERALDIQUE.

ES AUTOR O COAUTOR DE UNA DOCENA DE LIBROS Y DE MÁS DE MEDIO CENTENAR DE ARTÍCULOS Y COLABORACIONES SOBRE LOS TEMAS DE SU ESPECIALIDAD. ENTRE SUS ÚLTIMAS PUBLICACIONES DESTACAN, PALOS, FAJAS Y JAQUELES (1996), DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO, VIII CONDE LEMOS (1999 2 VOLS.), EMBLEMAS MUNICIPAIS DE GALICIA (1999), LOS SEÑORES DE GALICIA (2000, 2 VOLS.).



Como buen cultivador –como *apasionado* cultivador, debería decir– de los estudios genealógicos me sería fácil sucumbir a la tentación y comenzar esta intervención aludiendo a mi parentesco más o menos próximo con tal o cual personaje más o menos glorioso de la historia naval española. Pero no es ésta, desde luego, la mejor ocasión para este tipo de disquisiciones, más propias de las conversaciones de camilla. Me permito, eso sí, presumir aquí de mi proximidad afectiva a la Armada, en particular a través de una cercana relación familiar con los Pérez-Pardo, que es como decir también con los Poole y con los Antón. Y me permito, naturalmente, recordar aquí mi temprana vocación marinera, frustrada por falta de preparación, que no de vocación exactamente, pues durante unos pocos años acaricié el sueño de ingresar en la Escuela Naval de Marín.

Sólo por estas dos breves y leves evocaciones personales podrán comprender muy bien mi particular satisfacción al ocupar hoy esta prestigiosa tribuna. Agradezco muy de veras, pues, la ocasión que se me brinda; más aún cuando lo hago para hablarles de un personaje de excepción, coetáneo de Jorge Juan y, como él, destacado científico y pedagogo, además de erudito reformador, inconformista e indiscutible y preclaro referente –junto a su maestro Feijoo– de la Ilustración española.

Y ciertamente, mientras este último combatía prejuicios, supersticiones y milagrerías, a su sombra –aunque luciendo con luz propia ya desde muy temprano– comenzaba a adquirir singular relieve quien estaba llamado a ser su más sólido defensor y su más perfecto complemento. Me estoy refiriendo, claro es, a Fr. Martín Sarmiento, un monje de su misma orden, problemático e incomprendido, famoso por su carácter retraído, sin duda un tanto brusco, a veces incluso hasta grosero y descortés, pero más famoso todavía por su mente preclara, su ánimo inconformista y su carácter inquieto, ávido siempre de saber, amoroso exactamente de la verdad, a quien Galicia rinde en este año justísimo homenaje.

La figura del Padre Sarmiento, su vida, su obra y su excepcional significación histórica y cultural ha sido motivo de creciente atención de estudiosos y eruditos, especialmente en Galicia. En el prólogo a la recientísima y muy importante obra de J. Santos Puerto, uno de los grandes *sarmientianos* del momento, he destacado ya que es poco o muy poco lo que se refiere al personaje y a sus circunstancias que puede ser motivo de un razonamiento lineal y lógico, pues se trata en realidad de una historia de ausencias, de olvidos, de incomprendiones, de renunciadas, de tergiversaciones...

La de Sarmiento es, por de pronto, la historia de un gallego de Pontevedra que no nació en Galicia, sino en Villafranca del Bierzo; la historia de quien no se llamaba Martín y que –según las costumbres actuales– tampoco se habría apellidado Sarmiento; la historia de quien fue el último Cronista de Indias, aunque su nombre no figura como tal en las enciclopedias, o de quien fue elegido por sus compañeros de San Benito para regir el gran Monasterio de San Martín, en Madrid, aunque su nombre tampoco se recoge como tal en la documentación de la Congregación Benedictina de Valladolid.

La historia del Padre Sarmiento es, también, la historia de un lingüista adelantado a su época, de un precursor de la filología románica que no tuvo reparos en aplicar la metodología inductiva al estudio del lenguaje, aunque hoy nos confunda que él mismo atribuyera a Euclides la paternidad de su propio método. Es, también, la historia del autor del primer compendio histórico de la poesía medieval española..., del primer editor de un texto de Berceo..., del primer analista del Libro del Buen Amor del Arcipreste de Hita y del Poema del Mío Cid..., o del primero que vislumbró la procedencia árabe-andaluza de la lírica castellana, mostrando así la importancia y anticipación de la lírica galaico-portuguesa. Y sin embargo, su nombre apenas es mencionado hoy en las historias de la literatura española.

La de Sarmiento es, asimismo, la historia de un doctor en Teología que renegaba de la oratoria pueril, de las puerilidades pulpitaes, de la teología metafísica y de la metafísica teológica. La historia de un católico *redondo* –como él mismo decía– que mostraba una repugnancia horrorosa a ser director de monjas, confesor de beatas o consultor de señores y ricos. La historia de un teólogo aficionado a las matemáticas que, ante las críticas de sus correligionarios, respondió con afirmaciones como la que sigue:

En otros siglos no sería tan pernicioso esa secta de girovagos idiotas, poco distintos que las bestias, por no saber contar, ni medir, ni pesar, ni penetrar los movimientos, armonía y proporción de los entes criados, y que dogmatizan que es muy ajeno de los religiosos el estudio de las matemáticas. Ya se va acabando por la posta aquel tiempo en que los seculares creían que cada eclesiástico era un Salomón y meaba agua bendita...

Y la de Sarmiento es, en fin, la historia de un español que participó activamente, decisivamente, en la introducción de la ciencia en la España ilustrada. Pero su nombre tampoco se menciona hoy en los más difundidos tratados de historia de la ciencia española.

Aunque el Padre Sarmiento nació, como acabo de recordar, en Villafranca del Bierzo, por vocación –o *por naturaleza*, como se decía entonces– también se sintió gallego. Al respecto, deberé recordar de inmediato que, desde los cuatro meses y hasta bien cumplidos los quince años, Fr. Martín residió con su familia en Pontevedra, estudiando de niño con los benedictinos de Léz. En 1711 profesó ya en el monasterio de San Martín, en Madrid, recorriendo de seguido el Colegio navarro de Hirache, situado al pie de Montejurra, San Vicente de Salamanca, Eslonza, Celorio y San Vicente de Oviedo. En 1725, cuando cumplía los treinta, Sarmiento retornó a San Martín, tras cuyos muros permanecería ya el resto de sus días, a excepción –claro es– de algunas contadas ausencias, como después les diré.

Así, pues, la mayor parte de la vida intelectual de Sarmiento se desarrolló entre las cuatro paredes de su amplia aunque modesta celda madrileña. Era ésta, realmente, un lugar de trabajo confortable, adecuado, en el que el benedictino llegó a reunir una selecta y famosa biblioteca, compuesta por más de siete mil volúmenes. Y junto a tantos libros, cuatro mesas, dos escritorios, una docena de sillas y toda una amplia y muy variada colección de objetos curiosos, de los cuales nos ha llegado una exacta y expresiva relación. Entre ellos, un gran número de cacharros con plantas para sus experiencias de botánica, cuarenta y dos frascos de cristal, un telescopio inglés de reflexión, un astrolabio de bronce, un microscopio de ocho lentes, un cuerno de rinoceronte, un reloj de luz, una pesa para oro, una balanza... Y también una chocolatera.

En medio de este ambiente recogido, casi sin apenas moverse de su celda, Sarmiento se entregó sin pausa alguna, incansablemente, apasionadamente, a una vida de estudio y trabajo que, por su carácter, pero también por el volumen y dimensión de sus resultados, bien merece ser calificada de extraordinaria. En este sentido, vale la pena recordar que sus obras y escritos abarcan las materias más diversas y complejas y que su número resulta poco menos que incontable. El propio Sarmiento avanzaría un primer recuento indicativo, estimando que *si a los 2.600 que relaciono se agregan los pliegos sueltos que he escrito y firmado, subirán a 3.000 pliegos, o a seis resmas de papel*. El cálculo resulta suficientemente expresivo, asombra sin duda; pero sorprende mucho más el que se refiere al volumen de sus lecturas diarias, a lo que muy poco antes de su muerte, ocurrida el 7 de diciembre de 1772, él mismo se referiría también, confesando que desde hacía más de cuarenta años acostumbraba a leer veinticuatro libros de asuntos diferentes cada día.

El Padre Sarmiento, según su propio autorretrato, era un hombre de estatura mediana, cuerpo grueso, pecho ancho, brazos cortos y manos carnosas. Pero a esta breve descripción, que sintetiza sólo su apariencia física, que no era ciertamente muy afortunada, cabría añadir su carácter retraído y acaso un tanto extraño, sobre lo cual corrían gran multitud de comentarios. De ellos se hizo eco el propio Sarmiento al escribir, con tono burlón, unas palabras que han sido muy repetidas:

soy en boca de todos, con distribución acomodada, un hombre ridículo, duro, adusto, terco, hipocondríaco, insufrible, seco, desabrido, incommunicable, melancólico, intratable, indómito, testarudo, huraño, incivil, inurbano, descortés, inmanejable, voluntarioso...

Sin embargo, no es difícil encontrar testimonios que hablan bien claro de la humildad y sencillez de nuestro personaje, así como de su generosidad intelectual, de su agudeza de ingenio, de su amena conversación... El Padre Feijoo, por ejemplo, lo retrató más ajustadamente sólo con escribir de él que era tan enemigo del aplauso que huía de que le conocieran. Consta, por lo demás, que Sarmiento –pretextando que así podría ser más *racional*– gustó siempre de la soledad de su celda y rechazó expresamente, porque no iban con su temperamento, todos los títulos, honores y cargos que se le ofrecieron a lo largo de su vida. Y éstos reconocimientos no fueron pocos, ni tampoco irrelevantes, en especial durante sus últimos años –como suele ocurrir siempre–.

El aislamiento y la propia y bien conocida hosquedad del Padre Sarmiento, en las que Marañón creyó descubrir incluso a un psicópata depresivo, podrían haber tenido sobrada justificación. En todo caso, estos rasgos acusados de su personalidad tuvieron mucho más de formal, de aparente casi, que de fondo psicológico. Se sabe, cuanto menos, que a la celda de Sarmiento concurrieron asiduamente –en particular durante las mañanas de los domingos– un buen número de amigos y selectos eruditos. Todos ellos fueron justamente los más ardientes defensores de su persona y, sobre todo, los mejores propagandistas de su saber. De uno de aquellos contertulios, el embajador de Venecia, que decían Justiniani, conocemos una expresión muy ilustrativa con motivo de su despedida, pues ha quedado escrito lo que él mismo dijo; esto es, *que solamente llevaba el sentimiento de verse privado del Padre Sarmiento, cuya ciencia no había encontrado en corte alguna, y no satisfecho con este elogio, volvió algunos pasos atrás, obligado de su amor, a besar la puerta de su celda.*

La sabiduría de Sarmiento, que con el tiempo llegó a ser casi legendaria, fue muy popular ya en sus años jóvenes. De ahí, sin duda alguna, que desde muy temprano su opinión fuera insistentemente recabada y singularmente respetada –y también temida– por todos los grandes personajes de la época, incluidos el propio Monarca –que le nombraría su *Consultor Privado*– y la mayor parte de los ministros y consejeros reales. Las consultas, por lo que se sabe, fueron muy frecuentes y versaron sobre los asuntos más variados: los adornos del Palacio Real, la descripción de España, la formación de la Real Biblioteca –que ha sido objeto de recientísimo estudio y edición–, del Real Jardín Botánico o del Gabinete de Historia Natural, los caminos reales, la contribución única...

Sorprende, ya sólo por lo que queda dicho, que nuestro benedictino no aspirase a una mayor celebridad de la que disfrutaba, que no intentara acrecentarla o simplemente acreditarla con publicaciones impresas. Esto último sí que es, sin duda, un rasgo indubitable de su singularísimo carácter, marcadamente humilde y retraído. Ciertamente es, desde luego, que esta actitud se derivó, en buena medida, de su insistencia en mantener inéditos

todos sus escritos, otro rasgo sobre el que sería bueno meditar también. En realidad, Sarmiento no publicó prácticamente nada en toda su vida; poco más que los dos volúmenes de su *Demostración crítico-apologética del Teatro Crítico* del Padre Feijoo, su maestro y amigo. Todo parece indicar que, tras esta primera y única concurrencia, temprana además, Sarmiento se convenció de la esterilidad de las polémicas surgidas en torno a la obra del maestro de Oviedo. De ahí, pues, su determinación firme, inquebrantable, de no publicar a partir de entonces ninguno de sus escritos. La justificación de esta decisión la dio y razonó, ante la insistencia de los amigos y literatos, en su celebrado *El Porque Sí y Porque No del Padre Sarmiento*, texto que no tenía más público –como el resto de sus escritos– que aquel selecto grupo de amigos que le visitaban en su celda, a los cuales incluso les permitía gustoso que hiciesen copia de ellos.

Se ha dicho –y es posible que haya mucho de cierto en ello– que esta actitud de Sarmiento se justifica también en su demostrada humildad ante el gran Feijoo, de quien siempre gustó en declararse amigo, discípulo y colaborador. Pero la razón pudo estar también, posiblemente, en el temor a que sus propias inquietudes y audacias –que no fueron pocas– pudieran perjudicar la fama y popularidad del *gran gallego*. Más allá de todo esto, resultaría difícil encontrar una razón convincente para su decisión, tan insólita como firme.

En todo caso, aunque insistió siempre en mantener inéditos sus escritos, no por ello se aisló de su entorno vital, ni mucho menos se convirtió en un espectador pasivo, o en un simple coleccionista de ideas. En realidad, el Padre Sarmiento fue, por encima de cualquier otra consideración, un arbitrista o un reformista –mejor aún–, especialmente incómodo para el poder constituido, pues denunció sin rodeos ni finuras cortesanías a los culpables de la postración de España y, particularmente, de la que él mismo pudo observar directamente durante sus visitas a Galicia. Por eso mismo, –sus escritos, en todo su variadísimo conjunto–, no son sólo confirmación de su inquebrantable dedicación al estudio y la investigación, sino también incuestionable expresión, o ácido testimonio, de su constante preocupación de sociólogo y reformador del presente.

Un caso suficientemente significativo es el que le suscitó el famoso *Catastro* que lleva el nombre de su promotor, el primer Marqués de la Ensenada, que lo fue el no menos famoso e ilustre marino riojano don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, promotor precisamente del Arsenal Militar y de los Astilleros Navales ferrolanos. A la cuestión del *Catastro* le prestó Sarmiento gran atención, antes aún de que éste no fuera más que un proyecto tan sólo. En un buen número de sus pliegos manuscritos están sus reflexiones y propuestas sobre la forma de hacerlo, así como un completísimo cuestionario, con un centenar y medio de preguntas destinadas a formar una descripción completa del estado cosmográfico, físico, ético, económico, político e histórico de España. Sin embargo, abandonó el empeño justo cuando se iniciaba el *Catastro*, pues se ceñía estrictamente a unos criterios administrativos y tributarios de extremada inmediatez, olvidando cuanto él había considerado de interés de cara al futuro. Sólo más tarde, cuando se conocieron sus primeros resultados, nuestro personaje se quejaría repetida y amargamente de la inutilidad y elevado costo del empeño.

Pero el asunto del famoso *Catastro del Marqués de la Ensenada* no es más que un ejemplo entre los muchos que podrían recordarse aquí. En realidad, la ingente y todavía no bien conocida obra de Sarmiento encierra –como lo dejó apuntado Francisco Javier Sánchez-Cantón, buen estudioso de su obra– todo tipo de adivinaciones pasmosas, atisbos geniales, análisis de finura extremada y noticias recónditas. Y junto a semejantes tesoros, deberá añadirse de inmediato, toda una multitud de certeras propuestas y de audaces proyectos.

Fr. Martín Sarmiento es, por ejemplo, uno de los grandes de la Pedagogía española de la Ilustración. Lo han reconocido así muchos renombrados especialistas, divulgadores de sus escritos; entre los más recientes Antón Costa Rico y José Santos Puerto. Respecto a la instrucción primaria, por de pronto, Sarmiento tenía ideas muy claras y de gran novedad para su época; reconocía, por ejemplo, el valor sustancial de la percepción visual, el derecho a satisfacer la curiosidad de los niños, sin mentiras ni evasivas, o la inutilidad y los inevitables perjuicios del saber surgido del llamado *estudio de memoria y a la letra*.

No menos claras y novedosas resultaron, asimismo, sus ideas y propuestas respecto a la enseñanza secundaria o media. Ahí están, por ejemplo –y para asombro de todos–, sus recomendaciones para la creación de bibliotecas públicas en las poblaciones medianas, o para la fundación de un género de *Colegios* o *Seminarios* en los que se aprovechasen, en beneficio público, las habilidades de los jóvenes en las artes mecánicas.

* * *

Filgueira Valverde, que estudió como pocos el *Sistema de la Historia* del Padre Sarmiento, entendía que nuestro gran ilustrado debía ser considerado justamente como uno de los primeros historiadores modernos. En su opinión, una de las claves de la vida intelectual de Fr. Martín no estuvo tanto en su particular y bien conocido interés por los temas económicos y sociales, sino en la búsqueda del pasado, o de la raíz, de los problemas que se sometieron a su consideración. De ahí, pues, que su mirada hacia el ayer no fuera exactamente la del ciego apologista de antiguas glorias, ni tampoco la del erudito coleccionador de datos, sino la de quien buscaba precedentes que señalaran los riesgos y las venturas de las soluciones propuestas.

Por esto, pero también porque gustó sólo de las fuentes originales, o no manipuladas, Sarmiento se convirtió en un importante historiador crítico, como enemigo declarado de los *falsos cronicones*, o de cualquier otro tipo de adulteración o falseamiento histórico, fuera cual fuera el motivo o la causa a cuyo servicio se disponía. En este sentido anotó literalmente que *el defecto de un Estado no está en tener vicios, sino en no castigarlos*; o lo que es lo mismo, que el vicio *no está en que haya impostores y falsarios, sino en que no se refrenen y castiguen...* Este compromiso intelectual de Sarmiento se sitúa muy bien en la línea inaugurada por Nicolás Antonio y proseguida después por Gregorio Mayans y, ya más tarde, por José Godoy Alcántara.

El dictamen de Sarmiento proclamando la falsedad del cronicón de Pedro *Cesaraugustano* lo aleja, en contra de lo sospechado, de cualquier relación –por acción u omisión– con los dos volúmenes de la fantaseada *España primitiva* de Francisco Javier Manuel de la Huerta y Vega, obra basada precisamente en aquel falso cronicón. La inquina de nuestro sabio benedictino estaba, por lo demás, plenamente justificada. Procedía de bastante tiempo atrás; cuanto menos de sus tiempos de Salamanca –hacia 1715–, cuando había leído el *Beroso* de Juan Annio de Viterbo, *novelesca ejecutoria* –son palabras de José Godoy Alcántara– *de nuestra primitiva existencia como nación*. Y, todavía más, de cuando en Pontevedra, unos diez años después, Sarmiento leyó la crónica fabulosa de *Don Rodrigo*, escrita en realidad por un morisco granadino, Miguel de Luna, que la editó en 1592, alcanzando la fábula el honor de varias reimpressiones.

A Sarmiento, además, le producía especial irritación la fantástica *Historia de don Servando, obispo de Orense*, divulgada por Joseph Pellicer y Tovar, aunque en realidad era una obra amañada por don Pedro Fernández Boán, caballero de Santiago, quien con tales *patrañas y desatinos genealógicos* quiso *engarzar su familia con las familias más nobles de Galicia*, cuyo origen además se atrevió a remontar al tiempo de los fenicios y cartagineses. Igual irritación le producía, aunque los motivos en este caso fueran mucho menos reprobables, el famoso *Viaje* del respetado Ambrosio de Morales, dado a conocer por el Padre Flórez por el año 1765, pues lo hallaba *superficial y ligero*, como fruto exacto de los *solos seis meses* que aquél había andado por Galicia.

Por razones un tanto semejantes tampoco se salvaron de su severa crítica los dos primeros cronistas *del Reino de Galicia*. De Fr. Felipe de la Gándara, que fue el primero, le bastó decir que *escribió mucho, pero creyó demasiado*. De su sucesor, el ya mencionado Francisco Javier Manuel de la Huerta y Vega, diría ya mucho más; por de pronto, que desconocía la lengua gallega, pero también que ignoraba la geografía y, en suma, que en los dos volúmenes de sus célebres *Anales del Reino de Galicia* había dado crédito –como queda señalado– a los falsos cronicones, aunque había presumido detestarlos.

Desde este convencimiento, fundamentado en su espíritu crítico, Sarmiento sintió también una radical animadversión hacia las fantasías y falsedades de los genealogistas. Sin embargo, ello no le impidió reconocer cuánta era la utilidad e importancia del saber genealógico para el historiador. De ello son buena prueba su correspondencia con Gerardo Ernesto de Franckenau, autor de la celebrada *Bibliotheca Hispanica histórico-genealógico-heráldica*, y su amistad con Luis de Salazar y Castro, *insigne genealogista a quien conoció mucho*. También lo son, asimismo, sus propias anotaciones sobre algunas estirpes históricas, como los Figueroa o los Maldonado, o sobre sus propias ascendencias y parentelas paterna y materna, así como aquellos otros apuntamientos genealógicos y nobiliarios en los que recomienda que se aproveche el rico patrimonio documental de Galicia para reconstruir las líneas genealógicas de sus muchos linajes históricos.

Junto a esto que queda dicho, deberá recordarse también que el Padre Sarmiento fue partícipe –o verdadero protagonista– de las nuevas concepciones históricas del XVIII.

Eran éstas, justamente, las que proponían una historia civil más ligada al acontecer de la Humanidad y mucho menos al específico de los príncipes y reyes, o al rosario siempre interminable de guerras y conflictos. Por eso, justamente, en lugar de la historia de tal o cual reinado, o de tal o cual guerra, el Padre Sarmiento prefirió investigar acerca de los orígenes de la sífilis, de la calzada romana que unía Braga y Astorga, de la verdadera patria de Cervantes, del problema de los foros, del origen del papel, del ajedrez o de nuestra poesía, que fue probablemente una de sus obras más conocidas.

Otros muchos espacios del conocimiento histórico, o del propiamente humanístico, fueron también motivo de atención para Sarmiento. Con gran autoridad, por ejemplo, se introdujo en el estudio de las fuentes históricas y de la archivística en general, anticipándose a Blas Antonio Nasarre Ferriz e incluso al propio Padre Esteban de Terreros y Pando en el intento de abarcar de forma sistemática la evolución completa de la escritura española. Recorrió, también, gran parte de los archivos de Asturias y de Galicia, de La Rioja y de Toledo, colaborando además en la catalogación de los manuscritos orientales de la Real Biblioteca de El Escorial.

De toda esta actividad dejó Sarmiento abundantísimas noticias, así como valiosos comentarios y extractos sobre la infinidad de códices y documentos que había estudiado. A todo ello puede añadirse, también, los varios millares de fichas bibliográficas, todas anotadas con el mayor esmero y una más pasmosa erudición, las cuales reunió para ilustrar la formación de una biblioteca particular de tres a cuatro mil tomos. O asimismo sus conocidas y maduras consideraciones sobre el origen de la lengua gallega y más aún sobre la materia paleográfica, que escribió en 1755, coincidiendo con una de sus estancias en Pontevedra, y que remitió a Esteban de Terreros, a quien hasta no hace mucho se ha supuesto autor de una importante obra de la especialidad, la *Paleografía española*, preparada en realidad por el Padre Andrés Marcos Burriel, pero que fue impresa a iniciativa de aquél por el año 1754.

* * *

Pero Sarmiento no fue sólo un apasionado estudioso e investigador. Fue, también, un gran amigo de los trabajos de campo. Esta otra vertiente de su actividad científica, no menos relevante que la otra, se convirtió en realidad en su mejor pretexto para entregarse al estudio de las cosas de Galicia, que eran justamente su más entrañable preocupación.

De esta manera, lo que en Feijoo no fue sino olvido y en Diego Antonio Cernadas de Castro, el famoso cura de Fruime, poco más que poesía, en Sarmiento fue verdadero afán erudito con timbres además de orientación. Podría decirse muy bien, incluso, que el discípulo procuró aplicar a Galicia las reglas de aquella iluminación cultural que Feijoo, su gran maestro de Oviedo, extendía mientras tanto por el resto de España.

No puede olvidarse, por lo demás, que Sarmiento, desde el retiro de su celda en San Martín, había soñado una y otra vez con imaginarias caminatas por diversos lugares de Galicia. En algún momento, incluso, había ideado el modo de pasear por toda ella sin

pasar dos veces por el mismo lugar. Sin embargo, sólo pudo visitarla en tres ocasiones y no durante mucho tiempo precisamente. En total, la duración de sus estancias en Galicia –exceptuando, claro, sus años de infancia– no sumarían más que dos años y medio: cuatro meses cuando contaba treinta años, ocho cuando cumplía los cincuenta, y un año y medio cuando ya era sexagenario.

El primer periplo por Galicia lo llevó a cabo en el verano de 1725, cuando regresaba a Madrid de su estancia en Asturias. De él se sabe sólo por las abundantes noticias que aparecen dispersas en sus escritos. Consta, así, que entró por Ribadeo, continuando después por Mondoñedo, Betanzos, La Coruña, Santiago y, finalmente, Pontevedra, donde permaneció la mayor parte del tiempo, regresando desde Tui a través de Orense.

Veinte años más tarde, en 1745, Sarmiento realizó su segundo periplo, aprovechando un viaje a Valladolid, donde debía asistir al Capítulo General de la Orden de San Benito. Desde esta ciudad, como él mismo dejó escrito, *pasé a recrearme a Galicia*. Fue, por entonces, cuando visitó los archivos monacales de Lárez, Poyo y Tenorio, los tres próximos a Pontevedra, y también los de San Pedro de Montes, Celanova y, finalmente, el de Samos, en el cual se detuvo durante veintiún días.

La última visita de Sarmiento a Galicia la realizó en el año 1754. Fue, como queda dicho, su estancia más prolongada. En Pontevedra permaneció primero durante cinco meses; después, en compañía de su hermano Francisco Javier, que era Comisario de Marina en la provincia de Pontevedra –Ministro principal se decía entonces–, inició un largo y lento periplo por las quince rías gallegas, llegando hasta las bravas y elevadas peñas de San Andrés de Teixido. En el camino de regreso a Madrid, Sarmiento todavía se detuvo en los archivos monacales de Celanova, Santa Comba de Bande, San Pedro de Rocas y, finalmente, Sobrado de Trives.

En los *Diarios* de estos tres viajes y en otros cuadernos de campo Sarmiento dejó anotados los nombres de los lugares que recorrió, así como todas las inscripciones que encontró en su camino. Apuntó, también, los nombres latinos y gallegos de las plantas que observó e identificó. Y también de los pescados, conchas y mariscos. Y de las aves y animales. Y con todo ello, naturalmente, las voces gallegas vulgares que escuchó en Pontevedra y en los demás lugares que visitó.

Entre ellos figura, como es sabido, esta misma ciudad de Ferrol y su tierra, que había intentado visitar en 1725, cuando vino a Galicia desde Oviedo, pero que hubo de evitar al saber de los bandoleros que andaban por el *Monte da Carba*. Cumplió su deseo en 1745 y con más detalle en 1754, cuando vino acompañado de su hermano Francisco Javier y visitó, con él, las grandes obras que entonces se realizaban en esta ciudad, sede o capital del gran Departamento *que se extiende* –según él mismo escribe– *desde Portugal hasta Bayona de Francia y tiene 189 puertos de mar, entre grandes y pequeños*, cincuenta de los cuales están *en las tres provincias de Galicia*, que son *Coruña, Ferrol y Vivero*, mientras que en la de Pontevedra precisa que hay otros 77... De todo ello dejó Sarmiento anotaciones y referencias, todas de indudable valor y sabor, comenzando incluso por los propios itinerarios, como lo ha puesto de relieve en un breve artículo, aparecido hace sólo

unos pocos meses, el Capitán de Navío Juan José Burgoa, asesor cultural de la *Fundación Ferrol Metrópoli*.

Por lo demás, deberé destacar ahora que los tres periplos por Galicia tuvieron especial trascendencia en la obra de Sarmiento. A partir de ellos, pero en particular después de los dos últimos, puede decirse muy bien que tomaron cuerpo algunas de sus preocupaciones anteriores; por ejemplo, su interés por la Historia Natural, por la Botánica y, muy especialmente, por la propia lengua gallega, por entonces ignorada, o acaso despreciada. En adelante, uno de sus mayores empeños fue compararla con sus más próximas, la castellana y la portuguesa, y demostrar que guardaba una latinidad más pura que éstas. Con esta intención, justamente, escribió Sarmiento las 1.200 coplas del famoso *Coloquio de Perico y Marica*, preparando en los años siguientes el comentario lingüístico de una buena parte de las voces en él recogidas y asociadas para este único fin.

Sin embargo, estos viajes tuvieron todavía una importancia extraordinaria desde otro punto de vista muy diferente. Gracias a ellos, Sarmiento pudo observar directa y cuidadosamente la realidad gallega, lo que le convirtió en un excepcional testigo de su tiempo. Como dejó apuntado el Profesor Pensado, sin duda el mejor estudioso y editor que ha tenido la obra de Sarmiento, *sus ojos vieron muchas cosas que no se podían publicar, sus oídos oyeron infinitas quejas que ha estampado en sus recuerdos íntimos, su lengua era insaciable y su memoria privilegiada hacía que nada se le escapase...* Y poco, o muy poco, debió ser en efecto lo que pudo escapar a la atención e interés de un espíritu crítico como el de Sarmiento.

En sus escritos, a lo menos, nuestro sabio benedictino se ocupó cumplidamente, unas veces con toda extensión y detenimiento, otras sólo con simples esbozos, de los temas más diversos: de los métodos de enseñanza en las escuelas, de pesca y de la agricultura, de las plantas y de los planes de cultivo del campo, del paisaje popular y del folklore, de la apertura de nuevos caminos, del comercio, del problema histórico de los foros, de la introducción de nuevas industrias...

* * *

Por todo lo dicho se puede comprender fácilmente la extraordinaria dimensión intelectual de Fr. Martín Sarmiento, a quien Azorín no dudó en calificar como *la más robusta personalidad del siglo XVIII*. Y todavía más, naturalmente, su exacta significación para Galicia, que tuvo en él a uno de sus más apasionados, exactos y cumplidos estudiosos. Fue, valdrá la pena recordarlo, el primero en reclamar un diccionario de la lengua gallega, en pedir que se editaran los cancioneros medievales, en quejarse de la falta de maestros para la enseñanza de la lengua gallega..., o en despertar –anticipándose en cien años a los *Precursores*– la conciencia y la personalidad cultural de Galicia.

Entre todos los escritos de temática gallega del Padre Sarmiento, que no fueron pocos ni irrelevantes, destaca por su mayor relieve e influencia el *Onomástico Etimológico de la Lengua Gallega*, obra que se anticipa en nada menos que en un siglo al *Diccionario*

etimológico de las Lenguas Románicas, lo que sitúa a su autor en el primer plano de los precursores de la filología moderna. Y no es para menos, pues el *Onomástico*, escrito casi al correr de la pluma –como la generalidad de los textos de Sarmiento–, constituye sin duda alguna la más sólida defensa de la lengua gallega que hasta hoy se ha hecho. Pero el *Onomástico* es y significa para la cultura de Galicia algo más que el importantísimo léxico etimológico razonado de su lengua que en él se comprende.

Permítanme, para terminar, que les recuerde aquí una larga y enriquecedora conversación con el ya desaparecido Filgueira Valverde, que fue testigo –verdadero protagonista en realidad– de los primeros pasos del *Instituto de Estudios Gallegos*, del cual además fue director, sucediendo en el cargo a Francisco Javier Sánchez Cantón, que tuvo el mérito de ponerlo en marcha, allá por 1943, y dirigirlo a lo largo de tres décadas. Fue, como recuerdo muy bien, bajo los soportales del Palacio de Rajoy, ante la gran plaza del Obradoiro, mientras esperábamos que diera comienzo el acto de homenaje a la Agrupación Galicia, que regresaba de su labor humanitaria en la antigua Yugoslavia. Durante aquella conversación, Filgueira Valverde me recordó, entre otras cuestiones relacionadas con la historia del Instituto, que el ocasional y más fuerte impulso creador del viejo *Seminario de Estudos Galegos*, precedente de aquél, lo había dado justa y cabalmente la figura y la obra del Padre Sarmiento. En concreto, el mencionado *Onomástico Etimológico*, que había sido impreso en Tui, allá por 1923, con un editor y prologuista anónimo; lo fue, en realidad, el arzobispo compostelano don Manuel Lago González, por entonces titular todavía de la vieja diócesis de Tui.

En una docena de páginas de esta obra postrera, Sarmiento dejó formulado un completo método para el acopio de datos de carácter principalmente filológico, geográfico e histórico, conformando en realidad un auténtico y exacto plan de estudios gallegos. Para su ejecución, nuestro gran ilustrado hizo personificación individualizada del estudioso, al cual bautizó con el nombre de *Alethóphilo*, que sería como decir *veritatis amator*, o *amador de la verdad*, nombre o denominación con la que deseaba conjurar el augurio de la falsedad, que él –como ya he destacado– había combatido tan duramente.

Bajo este nombre, pues, Sarmiento imaginó a un mozo gallego, listo e intrépido, bien instruido, capaz de arrostrar gastos precisos, por ser de familia pudiente, y acucioso de saber de cierto y en profundidad –esto era lo principal del asunto– cuanto pudiera concernir a Galicia. Decía, incluso, que debería ser como *un sacerdote sin cura de almas ajenas, sin cuidados de familia, y sin empleo que le estorve el estudio*, y que debería recorrer nuestra tierra de palmo a palmo, consignando a un tiempo en una serie de cuadernos el rico fruto de todas sus largas caminatas e indagaciones. Esto es, observaciones sobre las voces del habla gallega, y sobre los libros de Galicia, y la geografía, y la historia natural, y las antigüedades, y las inscripciones, y las costumbres... Pero Sarmiento, nada amigo de academias, comprendió muy bien que para cumplir con este auténtico plan de estudios gallegos se requería el esfuerzo de todo un grupo de estudiosos. Por eso, en aquellas mismas páginas propuso incluso que fueran una docena los *alethóphilos* que debían trabajar sobre unos mismos principios y para un mismo fin.

Con toda razón, como parece fácil comprender, aquel texto –el *Onomástico*– se convirtió en lectura obligada para los fundadores del *Seminario de Estudos Galegos*, ya incluso desde el momento mismo en que surgió la idea de constituirlo. Y con no menor razón, naturalmente, se pensó incluso en completar el rótulo seminarista, disponiéndolo –me lo recordó muchas veces Filgueira Valverde– bajo el patronazgo de nuestro insigne benedictino. Sin embargo, como es bien sabido, tan atinado como justo reconocimiento no se hizo realidad hasta 1943, justo cuando se fundó el *Instituto de Estudos Gallegos*.

De esta breve evocación, que considero suficientemente significativa, se deduce muy bien que el homenaje que se rinde este año a la figura y obra de Sarmiento adquiere un especial significado para quienes desarrollamos diariamente nuestra actividad científica en el Instituto de Estudos Gallegos que lleva su nombre. La feliz circunstancia, oportuna, justísima, coincide –me complace dejar aquí constancia de ello– con los primeros pasos de una nueva etapa para este organismo, reconvertido no hace mucho todavía en un centro mixto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la *Xunta* de Galicia y trasladado, a comienzos del pasado año, a sus nuevas instalaciones en el antiguo Hospital de San Roque, dentro del casco histórico compostelano.

Entre los retos ahora asumidos figuran, naturalmente, los que se derivan de su nueva definición científica y, por extensión, del deseo de incardinar más y mejor su actividad en los más diversos ámbitos de la sociedad gallega. Para ello, el Instituto aspira a conjugar felizmente la vertiente investigadora, fundamental, consustancial en realidad, con la propiamente publicista y cultural, de manera que desde él se promueva también el debate sereno, abierto y constructivo –lejos siempre de las veleidades al uso– en el ámbito de las materias humanísticas que conforman el núcleo de su preocupación intelectual.

No son, desde luego, empeños nuevos. Las generaciones que nos precedieron en el quehacer investigador y científico dentro del Instituto, los abordaron –como verdaderos *alethóphilos*– con sacrificada entrega y celebrado éxito, muchas veces incluso sin contar apenas con los medios necesarios. Gracias a ello el «Padre Sarmiento» se convirtió en un referente inexcusable, por sólido y prestigioso, del panorama cultural de Galicia. Esa es exactamente –así me gusta decirlo– la herencia que nos respalda, que nos ilumina, pero que también nos obliga y exige.